



## EL BARCO WINNIPEG, EXPERIENCIA HUMANA E IDENTIDAD CHILENA

(A LOS 65 AÑOS DEL EXILIO ESPAÑOL A CHILE.  
CRÓNICA DE UNA JORNADA)

César García Álvarez<sup>1</sup>

### RESUMEN:

*La identidad chilena se construye todos los días. Un día, en el Winnipeg, en el Orduña y en el Formosa, llegó nueva sabiduría hispánica que se incorporó a la chilenidad. Escucharles a ellos, a los hijos de los exiliados nacidos ya en Chile, y a los nietos, es escuchar una voz que es de aquí con sabiduría de allá. Hay momentos históricos y hechos históricos; los momentos, pasan; los hechos, "los facta" tienen que ver con las gestas y son sangre de nación. Los hombres de aquellas décadas vivían de gestas, y, derrotados o exiliados, como Aquiles en las concavas naves o como el Cid de Vivar en los campos de Castilla, sabían refundar. Y lo hicieron.*

**Palabras claves:** Chile, Neruda, Winnipeg, exilio, transculturización.

### ABSTRACT:

*THE WINNIPEG SHIP, HUMAN EXPERIENCE AND CHILEAN IDENTITY (65 YEARS FROM THE SPANISH EXILE TO CHILE, CRONICLE OF A JOURNEY)*

*Chilean identity is built everyday. Once, on the Winnipeg, the Orduña and the Formosa, new Spanish sap arrived that incorporated to the Chilean. To hear them, the sons of the exiles born in Chile, and the grandsons, is to hear a voice that is from here with sap from there. There are historical moments and historical facts; the moments pass, the facts are related to the endeavors and the blood of a nation. The men of those decades lived in endeavors, and defeated or exiled, like Achilles in the concave ships or the Cid in the fields of Castilla, they knew how to re-establish. And they did.*

**Key words:** Chile, Neruda, Winnipeg, exile, transculturization.

**D**ecía el psicólogo y educador Skinner: "que nadie hable de hechos sucedidos de diez años hacia atrás". No sé por qué decía esto, acaso para que no sepan qué edad tenemos; tal vez, porque todo tiempo pasado es ya un poco difuso y nos incita a fabular; seguramente porque el maestro debe ser un hombre que tiene que hablar a los alumnos de la generación que tiene delante, y toda generación, como sabemos, enmarca a las personas en un lapso de diez o quince años. Yo voy a hablar de lo que sucedió hace sesenta y cinco años, un día de septiembre, en Valparaíso: la llegada del barco de refugiados republicanos Winnipeg. Y voy a hablar porque es un hecho del pasado en el presente. La cultura e identidad de un pueblo, que es siempre de ayer y de hoy. No podía ser de otra manera.

De Neruda poeta se han dicho muchas cosas y quedan por decir muchas cosas más. La poesía es como un pozo de profundidad inalcanzable: unos llegan al primer nivel, otros al segundo, al tercero, sabiendo que nadie alcanzará el nivel último.

<sup>1</sup> García Álvarez, César. Departamento de Castellano. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Santiago. Chile.

Hoy, en este Congreso sobre Identidad y Cultura, que desarrollamos en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, quiero referirme al Neruda que sembró en Chile, por otros caminos distintos a los de la poesía, un grano de distinta identidad y cultura; quiero hablar del Neruda que posibilitó, por obra del barco Winnipeg de repatriados españoles, plantar una semilla de transculturización en Chile.

Las identidades nacionales son muy sensibles; están siempre abiertas y ávidas a ser fecundadas por cuanto elemento selectivo llegue a ellas. En aquel barco llegaron hombres selectivos y fecundos, no sólo porque muchos de ellos y, desde luego sus hijos y nietos, fundaron familias, sino porque crearon nación en el más amplio sentido de la palabra.

El hombre común vive y siente la identidad inconscientemente, a nosotros se nos ha dado la tarea, a través del lenguaje, de plantarnos en medio la pradera nacional, extraer una hierba y como buenos botánicos de la cultura, calificarla: preguntarnos cuándo llegó esta semilla a Chile, cómo se aclimató, las resistencias a que fue obligada, cómo son las nuevas simientes que de ella se desprenden. Creo que los repatriados españoles, por obra de Neruda, fueron y son plantas arraigadas y perduradoras en Chile; estuvieron, están y estarán en Chile por obra de su recuerdo, de su obra y de su huella.

He escuchado a los hijos de exiliados, nacidos en Chile, y a los nietos que, a veces, no conocieron a aquellos que llegaron, sus abuelos, y su testimonio nos dice que aquellos hombres fundaron patria en otra patria, y la patria es continuidad. Se habla de la genealogía de los republicanos exiliados en Chile, es decir, de la rama que en el árbol de la chilenidad, ellos injertaron. Se ha sugerido crear un museo, el Museo de la Libertad, en el que griegos, judíos, croatas y estos españoles –todos los buscadores de la libertad en Chile– exhiban ahí, no lo que fue, porque un Museo no es para lo que fue, sino para lo que significan esas cosas para el futuro de Chile.

El Winnipeg no fue el único barco. Hubo otros barcos de exiliados españoles a Chile: el “Orduña” y el “Formosa”, por ejemplo. El “Winnipeg” fue el barco símbolo de este exilio, el “Vinipeg”, que decían los españoles. Pedro Aguirre Cerda había dicho: traigan profesionales, particularmente profesionales que refunden Chile; si mi lema es: “*gobernar es educar*”, quiero que los exiliados españoles vengan y contribuyan a la educación de Chile. Y llegaron Antonio Romera, crítico de arte, que, en el decir de Mario Gómez López, hijo de españoles, hizo despertar neuronas en Chile; José Ricardo Morales, dramaturgo, profesor de la escuela de arquitectura, fundador del Teatro Nacional y primer director; Jorge Díaz, representante de nuestro teatro del absurdo, Premio Nacional de Teatro; Vicente Mengod, profesor, descubridor desde Chile de la huella árabe en la literatura española medieval; José Balmes, pintor, profesor de la Escuela de Bellas Artes, decano de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, que con Matta, Antúnez y Altamirano son, tal vez, los pintores chilenos del siglo XX; Rafaela de Buen, representante con Edwards y Frank de la nueva novela histórica; su lema, “*lo que he visto no existe, mientras no lo escriba*”; Leopoldo Castedo, sin cuya cooperación seguramente no tendríamos hoy la *Historia de Chile* de Antonio de Encina o sería de otro modo; Eleazar Huerta, maestro en el Pedagógico, decano en la Universidad de Valdivia, autor de valiosísimos libros de crítica literaria; Cástor Narvarte músico, filósofo y tantos otros; pero, si ellos fueron raíz y aporte, sus hijos y sus nietos son hoy sus huellas. Todos se reconocen en aquel pasado, y conservan en casete las voces de sus abuelos, exhiben sus medallas, sus uniformes militares, sus disfraces, sus libros, sus poemas.

En estas jornadas, si hablaron los exiliados, todos ya de ochenta hacia arriba, se dedicó un día a esa palabra que he repetido, las huellas. La huella es esa marca que queda en el suelo para que otros sigan como ejemplaridad, y la huella no está sólo en los hijos y en los nietos, también en los amigos y los discípulos. La huella es por sobre todo ejemplaridad. Me atrevería a decir que aquí todos somos huella de aquel gran maestro, que se llamó Eleazar Huerta. ¿quién olvidará el haber tenido clase con él? Su recuerdo, sus lecciones, su talante sigue siendo recuerdo y ejemplo para muchos maestros de hoy. De Eleazar Huerta escuché decir una vez a don Antonio Doddis Miranda, *“ese que pasa por ahí es uno de los genios más destacados de todo el Pedagógico”*, y había en ese Instituto alrededor de quinientos profesores del más alto rango nacional. Huelgo decir que en algún momento en el Departamento de Historia coincidieron como profesores cuatro o cinco Premios Nacionales de Historia. Huella son también las instituciones que fundaron, las industrias que crearon, los adelantos que promovieron...

Cuando llegaron los exiliados españoles a Chile, ya habían llegado en imagen, pues día a día se seguía aquí en los diarios la contienda española; faltaba sólo verlos, y los vieron. Y cuando llegaron se encontraron con el Frente Popular tan parecido a aquél que habían dejado allá en España. España y ellos estaban aquí, antes que el barco liberador los desembarcase. Eligieron un buen lugar.

Aquellos españoles cargaron con dos dolores: el de la ruptura, primero, e inmediatamente la de crear nuevas instancias válidas en Chile. Dejar de ser historia en España y empezar a ser historia en Chile.

Llegaron a Valparaíso y recuerdan cómo, apenas desembarcados, en un restaurante en el cerro empezaron a sentirse incorporados a Chile al servírseles de almuerzo una cazuela, con una cerveza para los viejos. *“Lo más llamativo era la inmensa libertad que aquí había, poder caminar por las calles sin temores, sin sobresaltos, sin sonido de ametralladoras, sin agentes que nos vigilasen, sin guerra. Se nos había olvidado que existía la paz y la libertad. Respiramos una libertad que hacía años habíamos perdido. Yo sentí que este era un espacio digno para vivir, para vivir ‘y reproducirse’ como antes había dicho Pedro de Valdivia”*, así habló uno de ellos.

Luego unos a Santiago, otros a San Fernando, Concepción... todo Chile con los brazos abiertos. Todo Chile, no; algunas publicaciones se encargaron de divulgar también una imagen adversa, llegaron los *“come curas”*, *“los terroristas”*, *“los anarco”*... y algunos exiliados sintieron la mirada torvas. *“Yo con catorce años, sentí el desprecio”*, confiesa una anciana ahora de ochenta años. *“Pero, –sigue diciendo ella– nos encargamos de demostrar lo contrario, que éramos valientes, leales, trabajadores, responsables y, por sobre todo, agradecidos: ninguno de los exiliados fue jamás llevado a la justicia por contravenir el orden o las leyes chilenas.”*

Algunos sintieron esta herida de otro modo; niños, habían sido muy bien educados en Francia y tras la imposibilidad de regresar a España por razón de ideas políticas, dieron en el barco Winnipeg, y hacia Chile. *“Mi experiencia, tras una educación francesa de excelencia, fue desilusionante al llegar a Chile; en Chile no había buenas librerías, museos, exposiciones, centros culturales... yo que me interesaba por lo precolombino, tuve que bajar a un subterráneo del Municipal donde había algunas cosas precolombinas arrumbadas. El Chile de*

*entonces tenía una cultura plana. Lentamente, por obra de Pedro Aguirre Cerda y la contribución española, empezaron a funcionar buenos teatros, librerías, sentí... no sé si por obra nuestra, con la colaboración nuestra o porque Chile maduraba, que la cultura chilena empezó a resurgir”.*

Empezó a normalizarse luego la vida de cada exiliado, para todos había “pan, casa y abrigo” y estudio gratis. *“Yo que repartía pan en Madrid para poder pagarme los estudios y mis notas fueron siempre sobresaliente, no me enteré, por estar en La Calera, que en Chile nos daban los estudios gratis. Hoy lo lamento, no soy culto; pero no importa, lo son mis hijos que contribuyen profesionalmente a un Chile mejor”*, dice otro exiliado.

Y la incorporación a la vida e historia del país, avanzó; y, con el paso de los años, llegaron los exiliados a tomar conciencia de lo que era estar en Chile, a sentir que ser desterrado en Chile, no era una pena sino una gloria, pues era tener dos tierras, España y Chile; *“y aprendimos a no vanagloriarnos de lo hecho aquí, —dice Ricardo Morales— pues lo hecho en este país de acogida es el pago que le debemos a la nación chilena. Mínimo pago, pues no hay forma de pagar a un país la vida que de nuevo te da. En Valencia yo participaba en el teatro de vanguardia ‘El Buho’, después que había desaparecido ‘La Barraca’ de García Lorca, debido a su asesinato; lo que allí se hacía de vanguardia, yo lo traje y entregué a Chile y con Pedro de la Barra creamos el Teatro Experimental”.*

Chile que sirvió el pan, ofreció la casa y prestó el abrigo —la vida, a esos españoles— les enseñó también grandes virtudes presentes también en su cultura e identidad; una de estas virtudes, la solidaridad. En las dificultades es cuando se valora esta virtud humana. *“Encontré siempre en mi camino —dice otro— a un cheko, a un canadiense, a un francés... que iban a luchar al bando de los pobres, eso era solidaridad; después encontré la mano franca en las huidas campo a través; en las persecuciones; en el campo de concentración; en el barco con desconocidos; en aquel Chile extraño... siempre una mano de ayuda, sin pedirla. No eran tiempos para pedir, en la guerra todos estamos en el naufragio y la primera palabra es de dónde vienes, a dónde vas, en qué te puedo ayudar. En los momentos de paz, se entiende que todos están bien, aunque no sea así, y hay que pedir, humillarse”.*

Y si de virtudes se trata, otro testimonio: *“Yo perdí todo, salí a los 12 años de San Sebastián hacia Francia; mi casa, sus cosas, sus recuerdos.. .todo lo perdí; en Francia empecé a ir a la escuela, a rehacer mi vida, a tener algunas cosas y un día... también las perdí, pues en el barco no se podía traer nada; llegué a Chile. En mis ochenta años aprendí a estar dispuesta a eso, al éxito y al fracaso... mi gran virtud, si es que tengo alguna, es mi sentido de desapego a las cosas, aprendí a saber que no hay imperdibles; y esos ganchos que venden por ahí y que en España se llaman imperdibles, también se pierden y Santa Rita, abogada de las cosas perdidas, qué bueno que a veces no nos las devuelva, es estar más libre y ligero para ir a la otra vida, como decía Machado, otro exiliado a Francia”.*

Y otro regalo de la identidad chilena, poder ser mujer: *“Chile me dio, como mujer —dice una dama— la libertad femenina, la autonomía personal, el no tener miedo, me dio la posibilidad de desarrollarme como profesional-mujer. Cuando vuelvo a España y veo a la gente de mi generación, observo que en aquella España la mujer cumplía con el dicho “la mujer en casa, casada o la pata le sea cortada” y ahí están, viejas como yo, pero personalmente disminuidas, son mujeres del retablo de ‘La casa de Bernarda Alba’ de García Lorca. Aquí*

*se nos educaba leyendo a la Quintrala y a Inés de Suárez y a las Cantineras de la Guerra del Pacífico. Chile tenía ya por el año 1939 una mujer libre, autónoma, sin miedo, dispuesta a ser profesional, verdadera estirpe que dio a una Gabriela Mistral; yo me beneficié de este nuevo concepto femenino. Por esto, eso y aquello, bendigo a Chile y el último abrazo será la tierra de Chile que en el sepulcro me abrazará”.*

## HIJOS Y NIETOS, LAS HUELLAS

También hablaron los llegados con 10 o 14 años o los nacidos aquí. Y hablaron del cómo ajustar su imaginario, porque nacidos en Chile y educados como chilenos, fueron obligados a soldar con la cultura chilena, esa otra cultura, la de España que todos los días escuchaban en su casa. Después, tras una buena situación económica, el viaje obligado al país de los padres y saber entender nuevamente las dos visiones de mundo, la chilena vivida y la española contada y ahora ante los ojos. Cómo aprender a amar esta paradoja, el ser de dos mundos. Solo si uno se educa en la otredad, es capaz de superar los choques de mundos. No estábamos educados para esto, confiesa una dama. La palabra globalización, ecumene, integración, Internet, no estaba en el repertorio cultural de la época. Angelina Ribeiro confiesa: *“Hube de hacer convivir, la memoria de lo perdido y la memoria de lo hallado y hecho ya en Chile. No era fácil. Eran como dos nodos que me tironeaban. Pero mi madre me enseñó a resistir y hoy todo me parece más fácil. Esta es mi huella española, que transmito a mis hijos y espero continúe en los hijos de mis hijos para recuerdo de España y servicio a Chile”.*

Beatriz Lorenzo señala, España fue un amor y un dolor. Un amor porque mi madre me contaba esta anécdota: *“Cuando pasaban los aviones bombardeando, el sonar de las sirenas nos atemorizaban; yo –decía mi madre– que tenía doce años me metía debajo de la cama y acurrucaba y protegía a mi prima de tres años; para que no llorase le contaba un cuento de Pulgarcito... –y el enano le llevó queso para comer...– y la primita ante esta palabra de comer, me preguntó ¿y que es el queso? Mi madre no podía seguir contándome más, pues se le hacía un nudo en la garganta, tal era el hambre que pasaban”.* *“Después de esta anécdota, no sé lo que el queso tiene para mí, pero ha sido una fijación infantil. Mis padres me llevaron a España a los siete años, yo rechazaba este país, había perdido a mis amigas de Chile; allí me pusieron en una escuela extraña, la profesora se llamaba Doña Escolástica y allí, para más odios, nos repartían un queso amarillo de la Caritas norteamericana; en España, donde no quería estar y además vivir de caridad, comer queso de caridad y norteamericano...”*

*“Luego viví en España el exilio del 73 y ahí entendí a mi madre y qué es comer queso de caridad, aunque sea norteamericano”.*

*“Yo superé la paradoja de otro modo –explica Andrés Morales, profesor de Literatura en la Universidad de Chile, también hijo de españoles y nieto de exiliados– explicando y amando y entendiendo las contradicciones de España desde la literatura española, que explico en la Universidad. Llegué incluso a escribir un libro con el título ‘España reunida’, con textos poéticos de ambos bandos, libro que dediqué a los exiliados del Winnipeg. No obstante ello, conservo el traje militar de mi padre que aquí presento, la Medalla al Orden de la Lealtad a la República y, cuando murió mi padre, envolví su féretro con la bandera de la república española, nadie sabía el por qué, mi padre y yo, sí”.*

Otros sintieron la dualidad chilena-española de otro modo; amorosamente, cuando los amigos de mi padre, dice un asistente, le decían y me decían con cariño “*y este es tu chilén*” y sentí dolorosamente la otra polaridad cuando en la escuela me apodaban “*el coño expatriado*”. Por esto hablo un español con acento neutro y, a veces, me confunden con un colombiano.

También la lección ética. Como en el caso de aquellos exiliados, que del recuerdo histórico pasaron a la lección ética, a valorar la solidaridad, el desprendimiento, el respeto chileno al ser de la mujer, la huella de los nietos se hizo también al final lección de vida. Hablar de España, de los recuerdos de la guerra, el contar el exilio a los nietos, a los nietos no les decía nada, muchos de ellos incluso no conocieron a sus abuelos o los conocieron cuando tenían muy poca edad. Aquello de la guerra y el exilio, para un niño chileno, no era interesante. Sin embargo todos recuerdan el talante de sus abuelos, la integridad ética, la pasión por la libertad, la dignidad aún en la derrota, la esperanza de volver, y, sobre todo, confesar que la historia no les fue vana. Lo expresa esta frase, que recogí al azar: “*Yo estoy en el siglo XXI, como oyente; en el siglo XX, mi siglo, estuve de pie y como combatiente*”.

En conclusión: la inmigración republicana española y su fundación de familias, atravesó tres estadios sociológicos de transculturización: primero, la etapa del trasplante, la etapa del dolor —cómo no iba a ser dolor, si una niña de quince años repatriada en el “*Formosa*” al pasar por aguas de Uruguay arrojó su reloj al agua diciendo “*no quiero más tiempo*”; segundo, la etapa de la aclimatación, del trabajo y el negocio; tercera, lo que se ha hecho estos días de tertulias republicanas españolas, la reflexión o etapa ética; si hubiese que recoger un libro condensador de esta tercera etapa, es el de Rafaela de Buen *Teselas para un mosaico*. Teselas, piedras para componer un mosaico, porque a la hora de la verdad, esas almas son almas fragmentadas. El pintor Balmes aún proclama su España y no la otra, la que lo venció; su Francia y no la que no lo quiso por comunista; a un Chile y no al otro; el profesor Morales ha optado por el antipoema de Parra “*la derecha e izquierda unidas, jamás serán vencidas*”.

Las tres etapas de transculturización testimoniadas por los hijos y los nietos, presentaron otro dibujo: lo que allí fue trasplante aquí se hizo implante: nacieron en Chile, estudiaron en Chile, fueron implantados en la cultura establecida chilena; su segunda etapa, dejó el negocio de la panadería por la profesión, todos profesionales o casi todos (abogados, profesores, médicos, hombres de teatro, periodistas, alcaldes, hasta una diputada se hizo presente allí...); esa tercera etapa, que en los viejos fue reflexión ética en ellos tiene otra forma de ética, cómo superar la dualidad cultural chileno-española, cómo concordar los opuestos en una unidad superior que no hiera, pues la herida está también instalada. Esperan que la globalización, la integración, la doble nacionalidad, la cultura de la ecumene y la otredad ponga las dos almas en un ritmo de armonía.

Bajo esta historia sonó siempre un nombre: Pablo Neruda. Neruda que dijo ante la burocracia de las autoridades francesas y los funcionarios chilenos en la Embajada de Francia, que no querían “*rojillos*” para Chile: “*Por la razón o la poesía*” y se hizo razón y poesía.